

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

n° 140 ¿Qué significa que el Espíritu “habló por los Profetas”?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 140 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

***¿Qué significa que el Espíritu “habló por los Profetas”?* (687-688; 702-706; 743)**

Con el término “Profetas” se entiende a cuantos fueron inspirados por el Espíritu Santo para hablar en nombre de Dios. La obra reveladora del Espíritu en las profecías del Antiguo Testamento halla su cumplimiento en la revelación plena del misterio de Cristo en el Nuevo Testamento.

En el Credo Niceno-constantinopolitano, en la parte que se refiere al Espíritu Santo dice: “Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria y que habló por los profetas”; por lo tanto, a esa última frase “y que habló por los profetas”, es a la que se refiere este punto 140 ¿Qué significa esa expresión? En primer lugar hay que decir que el Espíritu Santo es el que nos hace oír la voz del Padre sin que a él le oigamos. El Evangelio de San Marcos narra esa teofanía que aconteció en el río Jordán, cuando Jesús fue bautizado, dice: “Apenas salió del agua, vio rasgarse los cielos y al espíritu que bajaba hacia él como una paloma. Se oyó una voz desde los cielos ‘Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco’”. Es curioso, porque aparece el Espíritu Santo en forma de paloma, pero la voz que se oye no es del Espíritu Santo, es del Padre.

El Espíritu Santo nos hace oír la palabra del Padre, nos hace oír la palabra de Jesucristo, pero a él no le oímos. El Espíritu Santo no se revela en la palabra, pero sí que habla a través de los profetas. ¿Qué entendemos por profetas? El término profeta está muy desfigurado en nuestro lenguaje coloquial; con mucha frecuencia solemos entender por profeta un adivino, pero eso no tiene nada que ver ni con la etimología del término profeta ni tampoco tiene nada que ver con lo que la Sagrada Escritura aparece como profeta. Profeta es alguien que ha sido elegido por Dios para decir una palabra de sentido a su pueblo, para decir una palabra de esperanza.

Los libros sagrados del Antiguo Testamento se suelen dividir entre los libros de la ley, o sea el Pentateuco; en segundo lugar los históricos y los proféticos; y luego los libros sapienciales. Por una parte, ese “habló por los profetas”, podría ser referido de una manera específica por los profetas: Isaías, Jeremías, Oseas (profetas mayores y profetas menores); claro que el Espíritu Santo habló a través de ellos, pero no existe el término en el que aquí se utiliza específicamente. Se entiende, como se dice aquí ‘por profetas’, no únicamente los libros proféticos, sino también los que escribieron el Pentateuco, los salmos, etc. Todos los autores sagrados fueron movidos por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo se expresó a

través de todos los autores sagrados, estaban movidos por el Espíritu, escribieron bajo la inspiración y el don del Espíritu Santo. Eso ha sido así en todo el Antiguo Testamento y que obviamente también lo es en el Nuevo Testamento, donde se lleva a su culminación la revelación en el misterio de Jesucristo.

En la creación del mundo, el texto del Génesis dice que Dios formó al hombre en una imagen antropomórfica: cogió con sus manos el barro de la tierra, esas dos manos con las que Dios creó el mundo son el Hijo y el Espíritu Santo. A través del Hijo y el Espíritu Santo, Dios crea el mundo. Hay dos intervenciones, no sólo en la creación sino en la redención, porque hay dos intervenciones creadoras de Dios; Dios creó el mundo de la nada y lo recreó para redimirlos del pecado. En esa recreación, vuelve a actuar con las mismas dos manos con las que había creado el mundo: el Hijo y el Espíritu Santo. A través de Jesucristo, que es la Palabra, y a través del Espíritu Santo, que es el que inspira a los autores sagrados para que pongan fielmente por escrito esa palabra de Jesucristo. Con esas dos manos de nuevo vuelve a llevar a cabo la redención. Por eso nos sentimos en las manos de Dios, esas dos manos, el Hijo y el Espíritu Santo cuidan de nosotros, nos están redimiendo, están llevando a cabo esa obra de la santificación, para que acojamos plenamente el don del Dios que se revela.